

EXPO SI CI ÓN



ITINERANTE

AQUÍ PUEDES CONSULTAR:

Asomucare

COLECTIVOS





ASOMUCARE

Las líderesas de Bocas del Carare

Forman la organización Asomucare. Por medio de esta, nueve de ellas, que obtienen ingresos para sus hogares, ayudan a sus esposos pescadores a enfrentar la crisis económica debido a la disminución de la pesca del bagre rayado.

Parte del valioso patrimonio que posee este entusiasta grupo radica en la destreza de sus manos.

2 patios productivos fueron implementados por este grupo de trabajo: uno de 200 m² y otro de 3000 m².

Cifras del PVS

Cada vez se pescan menos bagres en el Magdalena Medio.

Dice Sorani Gil que la especie comenzó a escasear hace unos 13 años, cuando las “épocas de la dicha”, como le decían en la región a la subienda del pez, comenzaron a ser menos abundantes.

Aún recuerda aquellos años en los que su esposo, o cualquier otro pescador, podía sacar hasta 60 libras de pescado (algunos ejemplares llegaban a tener hasta un metro de largo) en una sola faena. Esto podía representar ingresos suficientes para una familia durante muchos días.

Sorani vive en Bocas del Carare, una vereda de Puerto Parra (Santander), situada a orillas del río Carare, afluente del gran río de la Magdalena, y que ha dependido durante toda su historia reciente de la captura de ese animal. Pero sin tantos bagres como antes, los días tranquilos y pletóricos han dejado de rondar.

“Ante momentos así, hay dos opciones: o uno se acostumbra a vivir en la incertidumbre o sale a derrotarla”, dice.

Ahora más que nunca, Sorani conoce el poder de esta frase. Porque prefirió, precisamente, aplicarla al pie de la letra, olvidarse de sus inseguridades y unirse a un grupo de mujeres, también esposas de pescadores, para fundar la Asociación de Mujeres de Bocas del Carare (Asomucare), emprendimiento que hoy las ha

transformado en lideresas de muchas buenas causas en su caserío.

De estar dedicadas al hogar, y como ella misma dice, “a la contemplación, a ver novelas, a jugar bingo o cartas y a matar el tiempo hablando de cualquier cosa”, ahora, por medio de esta organización, crearon un restaurante, tal vez el único que funciona en Bocas del Carare y que ofrece platos típicos y por encargo. Abrieron una panadería en la que venden toda una diversidad de amasijos, incluyendo rosquillas, churros, roscones, pan aliñado, panderitos, tortas frías y *cupcakes*. Ofrecen, además, servicios de modistería y están perfeccionando la fabricación de artesanías inspiradas en las especies que rodean la vereda, una región biodiversa que ellas apenas están reconociendo.

“Tuvieron que venir biólogos y personas desde otras regiones de Colombia para que pudiéramos darnos cuenta de que habitamos en un paraíso natural”, comenta Deyanira Fuentes, una de las integrantes del grupo.

Fue así como “dejamos de ser niñas chiquitas”, opina Kelly Vannesa Cuervo, otra de sus gestoras. Ella se refiere a que ya no dependen totalmente de lo que sus esposos pescadores ganan tras la venta de lo poco que logran atrapar en recorridos que se extienden por varios kilómetros, periplos que incluyen algunas ciénagas.



La comprometida labor de las mujeres de Asomucare inspiraron a dos hombres a vincularse a ella.

Ahora, por el contrario, generan ingresos propios. Y pueden solventar la reducción del *Pseudoplatystoma magdaleniatum*, como se conoce científicamente al bagre rayado. Esta ayuda económica que aportan a sus hogares es especialmente valiosa durante las dos temporadas del año (cada una de 30 días) en las que la Autoridad Nacional de Acuicultura y Pesca (AUNAP) ha programado una veda en la que no es posible capturar ni comercializar el pez. Esto con el fin de permitir su reproducción sin presionarlo y, aunque sea parcialmente, contribuir con la recuperación de sus poblaciones.

Los cálidos paisajes del Magdalena Medio también alimentan el compromiso de este colectivo emprendedor.



La repostería y la panadería son una muy importante fuente de ingreso para Asomucare.





152.000 PESOS PARA COMENZAR

Asomucare cobró vida con la llegada del Proyecto Vida Silvestre (PVS) a esta región del Magdalena Medio, con el respaldo decisivo del Proyecto Primates. Y nació a partir de un reto culinario: para el acto de lanzamiento de esta iniciativa, a finales de enero del 2015, se pensó en ofrecer a los invitados, y autoridades locales, unas galletas. Debían hacerse 500 unidades y no de cualquier manera. Porque la idea era que tuvieran la forma de las especies por cuya conservación trabaja el proyecto en esta zona del país: el paujil de pico azul, el bagre rayado, la marimonda del Magdalena, el manatí del Caribe y el carrito colorado, este último un árbol típico de la zona.

“Sin ser expertas, nos animamos a prepararlas. Fue una noche larga”, cuenta Sorani. “Las coci-

namos entre todas, en un horno pequeño y prestado; unas de chocolate y otras de vainilla, con cero experiencia en panadería; lo logramos a punta de ganas”. Y las vendieron.

Con las ganancias, una suma que no superó los 152.000 pesos, despegó la Asociación, que hoy también es el alma del Festival del Choibo (como se conoce a la marimonda del Magdalena), fiesta de un día que se celebra, año tras año, entre febrero y marzo, para resaltar el valor de este primate en peligro de extinción. En conclusión, esta organización es uno de los logros sociales más importantes del PVS. Y esto ocurre porque el proyecto reconoce que para la preservación biológica es indispensable vincular y favorecer a las comunidades humanas que comparten espacio con la

fauna y la flora que se quiere proteger, pues son esas personas la base para lograr la conservación de la vida silvestre.

“Porque cada vez que llegamos a un lugar pensamos que queremos cuidar las especies, pero siempre creemos que debemos hacerlo en alianza con la gente. Y es que la conservación debe tener en cuenta a las comunidades para aliviar sus necesidades, para darles asesoría en sus objetivos y acompañarlas en sus propósitos”, opina María Antonia Espitia, coordinadora regional del PVS para esta zona del Magdalena Medio y quien apoyó a Asomucare en todo su proceso de creación.

El éxito está basado, entonces, en que el trabajo en favor de la naturaleza tiene que fundamentarse en la acción social y el empoderamiento de sus habitantes.

Ha sido tanto el convencimiento de Asomucare en ese sentido, que sus integrantes hoy son portavoces de un mensaje por la conservación ambiental, reconocen la riqueza natural de su territorio, identifican particularidades biológicas y ecológicas de las especies y hablan entre sus vecinos e instituciones sobre la necesidad de realizar prácticas amigables con el entorno.

“Y si el PVS se acaba algún día, podemos seguir gestionando recursos y trabajando solas, tanto para tener oportunidades económicas como para conservar la biodiversidad, ya que hemos tenido el impulso necesario para seguir adelante”, explica Yorladis Vera.



Con su saber artesanal, Asomucare reinterpreta, hábilmente, los comienzos de vida para este paujil de pico azul.



El grupo lo completan Flor Ángela Salgado, María Ovedis Vera, Yaqueline Nieto, Kelly Jhoanna Palacio y María de los Ángeles Lizarazo, algunas de ellas afectadas, hace décadas, por la violencia y el desplazamiento forzado, y quienes a pesar de su poca formación académica han aprovechado esta experiencia para aprender sobre administración y contabilidad. Las acompañan dos hombres: Pedro Nel Fuentes y Denis Salgado.

Para todos ellos ha sido clave el trabajo constante y en equipo, como lo dice finalmente Deyanira: “antes, nuestros hijos y esposos nos criticaban porque siempre estábamos en la casa. Ahora, nos critican porque estamos mucho tiempo por fuera de ella. Nos reunimos mucho, y hablamos mucho, algunos comentan que es solo para pasar el rato y contar chismes. Pero la verdad es otra, nos reunimos porque queremos transformar nuestras vidas”. ■

Asomucare también representa y promueve un mensaje alrededor de la conservación de los recursos naturales.

500

kilogramos mensuales de fertilizantes orgánicos han sido producidos y vendidos por Asomucare como actividad complementaria.

Cifras del PVS



Asomucare y su capacidad para plasmar la vida silvestre como expresión de la cultura material.